

«se muy semejante en las operaciones. Por donde creo que José su Esposo fué purísimo en la virginidad, profundísimo en la humildad, ardentísimo en el amor de Dios y en la caridad, altísimo en la contemplacion, diligentísimo en la asistencia de su Esposa, etc.» Supuesto encomio tan magnífico, acabaré este capitulo con este elogio del elocuente Patriñani: «yo por mí, adoro estas virtudes y deixo á otras plumas el darles toda la claridad y esplendor que merece su brillantez, no con la tinta, sino con los rayos del sol. No es de maravillar el que yo diga que con luces se deben escribir estas virtudes, cuando la elocuencia del Nacienceno deslumbrada con el golpe de la claridad de las prerogativas y de las virtudes del Padre de Jesús, esclama: *en José, como en un sol, están repartidas todas las luces de los Santos,*»

CAPITULO X.

Fué el Señor San José singular en cada una de sus virtudes.

LA paciencia y fortaleza de este esclarecido Patriarca, fueron un espectáculo que la Sa-

biduría puso en el mundo para memoria á la posteridad y raro ejemplo de la constancia. Los sucesos de su vida se deben considerar como triunfo y ejercicio continuo de sufrimiento y resistencia á los infortunios que por todas partes lo combatieron. De las adversidades, que suelen derribar á los más fuertes, jamás se dejó vencer su grande espíritu; porque el Omnipotente, que usando de su adorable providencia da más hondas raices á los árboles que están más combatidos de los vientos, fortaleció á este hombre justo con los socorros más oportunos, para resistir á los golpes con que era probada su fidelidad y su paciencia. La puntual obediencia á las órdenes del Señor, que, como ya dijimos con el Crisóstomo, se le comunicaban por su fidelidad cuando dormia, está delineada en el Evangelio. En éste leemos que José, por obedecer, emprendió una retirada espuesta á las mayores incomodidades, sin más prevenciones que una heroica resignacion en la voluntad de Dios, que le ordenaba, que dejando la patria, saliera para Egipto con el Niño Jesus y con su Madre. Hace ver lo grande y singular de la obediencia y de las otras vir-

tudes del Señor San José el venerable Pedro Canisio en un magnífico elogio, que traducido del idioma latino al castellano, dice así: «José, «ó haya mirado á la Madre de su Señor como «á Esposa, ó más que como á consorte como á «su Reina y Soberana, segun la sentencia de San «Bernardo; lo cierto es, que habiendo sido muy «semejante su vida á la vida de la Virgen Ma- «ría, fué verdaderamente justo é irreprochable «delante de Dios y de los hombres, é hijo legi- «timo de David; esto es, noble, así por la sangre «que corria en sus venas, como por las operacio- «nes de su ilustre alma, como quien no degene- «ró de los altos pensamientos de aquel gran San- «to y gran Monarca de Israel. A José, como á «otro David, manifestó el Soberano Criador los «arcanos más profundos de su infinita sabiduría. «Por estas luces que su Magestad le confió, se- «guia con acierto la conducta de su destino. To- «dos sus títulos y virtudes hacen al dignísimo «Esposo de María recomendable; pero lo que en- «tre sus grandezas se deja ver más esclarecido, «es, que la regeneracion de Cristo Señor nues- «tro, que se le mostró á Jacob dormido en la

«semejanza de una escala tan alta, que se igua- «laba con el Cielo, de tal manera está tejida por «el Evangelista San Mateo, que por José se lle- «ga hasta Jesus, y que el Señor de todas las «cosas, en cierto modo, como dice Ruperto, pa- «rece que estriba en José como en la última gra- «da de la escala. ¿Por ventura no estribó Cristo «en su Padre putativo José, cuando se dignó «de que éste sirviese de consuelo, así á su Ma- «gestad como á su Madre? Además de esto, «José fué tenido por Padre de Jesus en conse- «cuencia de los desposorios con la Virgen María; «títulos que solo á este incomparable Patriarca «ha querido la Augustísima Trinidad comuni- «car: ni puede dudarse que se mostró digno de «los títulos de Padre de Jesus y de Esposo de «la Virgen María. Prescindiendo de estos dos «blasones tan eminentes, ¿quién tendrá voces «con que esplicar la fidelidad y cuidado con que «desempeñó el nombramiento de Esposo y de «Custodio de María, y de Tutor y Padre de Je- «sus? ¿Quién será capaz de pintar con sus pro- «pios coloridos el respeto y veneracion con que «aquel hombre sabio y justo sirvió á Jesus y

«á su Madre? ¿Quién es digno de tomar las justas medidas á la admiracion que sorprendió á José y al gozo de que estuvo colmado su grande espíritu cuando ejerció el cargo de Administrador de María y de Jesus por una orden y eleccion milagrosa del Cielo, y cuando fué testigo doméstico de los admirables misterios del Señor y testigo digno de más fé que mil? S. Lucas ciertamente escribe, que María y José se admiraron de los sucesos que acerca del Niño Dios declaraba el Santo anciano Simeon. A medida del amor con que amaba á Jesus, sintió su triste y dolorosa suerte cuando supo que Herodes buscaba aquel tesoro, comun á él y á su Esposa, para sacrificarlo á la crueldad de su pecho inhumano y á los temores de ceder la corona al legítimo y presuntivo heredero del trono de Judea. La amargura con que salió de Israel, su amada patria, y teatro por muchos siglos de la más sensible y palpable providencia de Dios hácia su pueblo, fué grande, y le duró en Egipto á lo ménos por el espacio de cuatro años, como fué tambien aquel dolor que hirió su bendita alma, por tres dias, cuando Jesus se

«quedó como perdido en Jerusalem. ¿Que golpe de afliccion seria para un José, no poder suministrar al Hijo y á la Madre todo aquel alivio de que eran dignos? Luego que fué avisado, entrada la noche, de los crueles designios del rey Herodes, puntualmente se levantó, y sin que lo detuvieran el amor á la patria, los amigos y los parientes, tomó el camino para Egipto, sin prevenir lo necesario para el viage, dejándolo todo á las disposiciones de aquella providencia, en cuyos amorosos cuidados descansaba. Los trabajos y angustias sufridas en aquella especie de destierro entre los egipcios, se pueden conjeturar, mas no es fácil el referirlas. Sabemos como dice San Gerónimo, que en la huida á Egipto fué José el consuelo de la Virgen y Madre de Dios, confiada á su cuidado. Por donde el Crisóstomo dice, que José fué en todos sus hechos esclarecido y señalado en todo género de virtudes, como quien de orden del Cielo ejecutó con Cristo lo que debe hacer un padre con un hijo, y aun eccedió á la ley, pues hizo más de lo que ésta le ordenaba. Los oráculos de los Profetas eran el objeto de su

«continua meditacion, y por esto le da el nom-
 «bre de justo el Evangelista; que es decir, segun
 «Hugo Victorino, que fué puntual en la obediencia
 «cia á toda la ley, ó que observó la ley perfecta-
 «mente, como enseña San Juan Crisóstomo. O-
 «rígenes, que escribió primero que el Crisóstomo,
 «dice, que José fué justo en palabras, en obras,
 «y en la consumada obediencia de la ley. Aquel
 «antiguo José, ministro de estado de Faraon y
 «figura del Esposo de la Virgen María y Padre
 «putativo de Jesus, fué admirado en Egipto por
 «su justicia, inocencia y fidelidad; pero este
 «José de que habla el Evangelio, se dejó ver
 «más admirable; pues además de las virtudes,
 «que á uno y á otro fueron comunes, tuvo el
 «Señor San José por maestro á un ángel que
 «continuamente lo iluminaba, y siendo virgen,
 «guardó con toda pureza á la inmaculada Virgen
 «Madre del Hombre Dios, como á tesoro enco-
 «mendado á su fidelidad. Es tambien digno de
 «preferirse á todos los hombres el santísimo Jo-
 «sé por que él fué el primero que vió al Mesías
 «y que trató con él familiarmente, y porque
 «vió el cumplimiento de los oráculos de los Pro-

«phetas y lo que no alcanzaron á ver los reyes más
 «felicés de Judea. El fué testigo de vista, y en-
 «tendió los primeros milagros que despues refi-
 «rieron los sagrados Evangelistas. Y por último,
 «José fué aquel espíritu grande, que, como á
 «David, halló Dios hecho á la medida de su co-
 «razon, y en todo conforme á sus designios.

«Este es el fondo de las virtudes y grandeza
 «de José, que los católicos establecen y defien-
 «den contra los impíos, que ó no quieren enten-
 «der, ó fingen que ignoran lo que quiso decir el
 «Evangelio con la palabra *Justo*, aplicada al san-
 «tísimo Esposo de la Madre de Dios y siempre
 «Virgen María. Pero es necesaria la cautela,
 «para que cuando huimos de los hereges, que
 «pretenden abatir la virtud del purísimo José,
 «no caigamos, como hacen los necios, en otro esco-
 «llo. Quiero decir, que no hemos de exaltar la
 «santidad de José de tal suerte, que de algun
 «modo se vea oscurecida la de María, como dice
 «Francisco Lamperto que hizo cierto fanático,
 «que perdida la luz de la razon, se atrevió á de-
 «fender que José habia sido más santo que la
 «Madre de Dios, dando por fundamento el que

«á José se aparecía el ángel cuando estaba dormi-
 «do y á María cuando estaba despierta. Es ridícu-
 «lo el argumento é indigno de que se le responda;
 «pues de lo mismo que se alega en contra, se
 «colige que María fué superior á su Esposo en la
 «santidad; porque es cosa mayor y más reco-
 «mendable aparecerse un ángel á quien está des-
 «pierto que á quien duerme, y porque fué, sin
 «que pueda disputarse, cosa más sublime anun-
 «ciar á María la Encarnacion del Verbo Eterno
 «en sus entrañas, que quitar á José dormido
 «los temores, é instruirlo sobre otros sucesos y
 «conducta de su destino. Por donde nota el Cri-
 «sóstomo, que la sagrada Vírgen debió ser ilu-
 «minada, no en sueños como José, ni con cual-
 «quiera especie de revelacion como Zacarías, si-
 «no por una vision clarísima, porque esto pedia
 «por su naturaleza la excelencia de aquel mis-
 «terio incomprensible que vino el ángel á a-
 «nunciarle.

«El Señor San José fué grande y superior
 «al Bautista y á los Apóstoles, y tuvo aquellos
 «dones y privilegios de que era digno un Santo
 «cuyo ministerio pertenecia al orden hipostáti-

«co; esto es, al orden de aquella union, que del
 «Verbo Divino, que es la segunda persona de
 «la Santísima Trinidad, y de la naturaleza hu-
 «mana, hace un Hombre Dios, que es Jesucris-
 «to; mas no llega su santidad á un grado tan al-
 «to que pueda, no digo exceder, pero ni aun
 «igualarse con la virtud y gracia de aquella Vír-
 «gen singular, que fué, como dice el Crisóstomo,
 «el milagro verdaderamente grande, y la santi-
 «dad superior á la de los Patriarcas, Profetas,
 «Apóstoles, y á la de todos los coros de los
 «ángeles.»

CAPITULO XI.

De algunos pasages de la vida del Señor San José, que reveló la Madre de Dios á Santa Brígida.

EL Evangelio en una palabra nos dió toda la
 historia de la vida del Señor San José, y en
 tres ó cuatro espresiones la más exacta relacion
 de su obediencia. La noticia de las otras virtu-
 des en particular, se halla en el libro de las
 revelaciones de Santa Brígida, á quien la Ma-

dre de Dios, que fué testigo ocular de las acciones de su santísimo Esposo, las manifestó con estas voces: «Ten por cierto que á José ántes de nuestros desposorios, declaró el Espíritu Santo como yo era inmaculada en palabras, obras y pensamientos, y que le tenia consagrada á Dios con voto mi virginidad. Por lo cual, se desposó conmigo solo con el fin de servirme como á su Señora. Yo supe tambien con luz del Cielo que habia de ser Esposa de José, porque así convenia para el cumplimiento de los designios del Señor, mas sin detrimento de mi virginal integridad. Despues de los desposorios concebí por obra del Espíritu Santo al Unigénito del Padre en mis entrañas: José lo supo, y sin tener sospechas de mi lealtad, quedó altamente sorprendido. No le cogió de nuevo esta maravilla, porque estaba cierto de que los Profetas habian vaticinado que el Redentor del linage humano naceria de una Virgen; mas juzgándose indigno de estar en compañía de la que ya era Madre de Dios, pensó dejarme. El pensamiento no tuvo efecto, porque apareciéndosele el ángel del Señor cuando

«estaba dormido, le mandó que no me dejara. «Obedeció José y me comenzó de nuevo á servir como á su Señora, y yo tambien le serví con tal humildad y sujecion, que estaba pendiente de sus órdenes. De sus lábios jamás oí una palabra de murmuracion ó de impaciencia. En su pobreza fué pacientísimo, y pronto al trabajo cuando lo pedia la necesidad. Si algunos lo ofendian, estaba tan lejos de la venganza, que ántes mostraba en sus agravios una admirable mansedumbre. El me servia con un profundísimo respeto, y juntamente era un gran defensor de mi pureza virginal contra aquellos que la contradecian. Su conversacion y sus deseos siempre se dirigieron á los bienes del cielo; de tal suerte, que parecia estar muerto al mundo y á la carne. Las palabras que comunemente se le oian, eran estas espresiones: ojalá me conceda el Señor la vida para que yo cumpla su santísima voluntad. Sus discursos eran de Dios, y en ellos se conocia la divinidad que los animaba. En las juntas de los hombres se halló rarísimas veces, porque sus pensamientos eran de tratar con su Señor y de hacer lo que

«sabía que era de su agrado; y por eso es ahora «grande la gloria de José.»

El punto capital de la vida del Señor San José, es el lance de querer dejar á la Madre de Dios cuando vió su nueva situacion. Los Padres y los teólogos, así antiguos como modernos, se dividen en opiniones, que ya tengo referidas, sobre este plan; y así solamente añadiré las palabras de una revelacion hecha á Santa Brígida, de donde consta, que el Señor San José ántes de la aparicion del ángel, tuvo noticia privada del misterio. La revelacion está concebida en estos términos: «José, no te apartes de la «Virgen confiada á tu cuidado; es verdad que «concibió por obra del Espíritu Santo, como ya «lo has oido de su boca. Sírvela fielmente, y «haz el oficio de custodio y testigo de su pureza.» Estas espresiones están conformes á la doctrina del Padre de las Escrituras, y Doctor máximo de la Iglesia San Gerónimo, quien afirma, que el Señor San José con la licencia de consorte sabía todo lo que pasaba por aquella Virgen, de cuyo Hijo se habia de reputar Padre.

Aunque estoy del todo persuadido que cuan-

do se trata de la interpretacion de los sagrados Evangelios y demás Escrituras, no se han de tomar por regla las revelaciones privadas, sino la doctrina comun de la Iglesia sacada de los sentimientos de los Santos Padres, que son sus Doctores, y de la unánime tradicion, no obstante, cito las revelaciones de Santa Brígida, porque las veo reconocidas y aprobadas en su línea por tres Sumos Pontífices, y conformes sobre el asunto con un gran número de Santos Padres, seguidos de San Bernardo. El Padre Maldonado dice, que la sentencia de San Bernardo y de los Padres que cita, es la más conforme á la piedad, pero la ménos conforme al lugar del Evangelio. No son del parecer del Maldonado, los que juzgan que el ángel, cuando se apareció al Señor San José, vino á darle la confirmacion, esto es, un solemne y auténtico testimonio de lo que ántes tenia etendido privadamente. La noticia que el Señor San José habia tenido de la relacion de la Madre de Dios, no lo turbó de aquel modo con que despues quedó tan turbado y temeroso, que quiso dejar á la Santísima Virgen, á quien veía en cinta; porque en los pe-

chos humanos no hace tanta impresion lo que entra por los oidos como lo que se recibe por los ojos.

CAPITULO XII.

De la gloria del Señor San José.

CON esta palabra *magna*, que significa cosas grandes, esplicó María Santísima los beneficios que se dignó de hacerle el Omnipotente, y con la misma manifestó á Santa Brígida la gloria y felicidades de su Esposo. *La voluntad de José*, le dijo la Señora, *fué la de Dios, y por esto es grande su gloria*. Gerson, midiendo la grandeza de esta felicidad con el ministerio de Señor San José, la coloca despues de la gloria de la Madre de Dios. Gerónimo de Guadalupe la prefiere á la bienaventuranza de los ángeles y de los Apóstoles, y juzga que el Señor San José está en el cielo sentado á la diestra de la Virgen. Tal grado de gloria pedian la dignidad, las prerogativas y los méritos del Padre de Jesus y dignísimo Esposo de María. Fué José un hombre justo segun la verdad del Evangelio, y

despues que obedeciendo al ángel del Señor se quedó en compañía de la Madre de Dios, pasó, como dice Ruperto, al grado superlativo de *justísimo*. Su obediencia fué singular, que es decir, que fueron insignes y sin semejante sus victorias, porque en la frase de la Escritura se llaman triunfantes y victoriosos los obedientes. Sus méritos esclarecidos y de un valor casi infinito, en pluma del exímio Doctor Francisco Suarez. Su bendita alma fué la más generosa para con Dios, y despues de la de Jesus y de la de María, la más amada de la Santísima Trinidad; y así no es de admirar que sea la gloria de José tan superior entre los bienaventurados.

Algunos escritores, no solo conceden al santo Patriarca mayor gloria que á los otros espíritus felices, sino que tambien defienden que aun viviendo en este mundo, vió muchas veces á Dios con la misma claridad que lo ven los bienaventurados en el Paraiso. Se funda esta sentencia en los privilegios que fueron concedidos á otros Santos. San Agustin y Santo Tomás, hablando de esta gloria ó vision beatífica, en un estado que no haya sido permanente, creyeron que Moi-

sés y San Pablo la tuvieron. A la santísima Virgen no niegan teólogos famosos esta felicidad. Por donde no debemos privar de ella á aquel Esposo que fué muy semejante á la sagrada Virgen en las virtudes y en los favores celestiales, y que segun las revelaciones de Santa Brígida, conoció alguna vez el poder de la Divinidad. La Iglesia iguala á José ántes de morir con los bienaventurados, y aun lo cree más dichoso que aquellos espíritus felices. Teófilo Rainaudo dijo, que aquel himno con que cantó la Iglesia esta maravillosa bienaventuranza del Señor San José, se ha de entender de la familiaridad con que trataba con Cristo, y no de aquella gloria con que se ve la Esencia Divina claramente. No me conformo con la inteligencia del Rainaudo, porque la Iglesia, despues de haber referido las felicidades que tuvo el Señor San José por haber tratado familiarmente con Jesus, añade, que tambien gozó cuando vivió en este mundo de aquella gloria que poseen los bienaventurados despues que salieron de esta vida. Y esta ciertamente es la que los teólogos llaman *vision beatífica*. El fundamento del Rainaudo y de otros

escritores es, que las Sagradas Escrituras niegan la vista clara de Dios á los viadores, cuales son los que viven en este mundo; mas este argumento no quita su probabilidad á la sentencia de San Agustin, de Santo Tomás y de otros teólogos, que juzgan que los testos sagrados que niegan la vista clara de Dios á los viadores, no hablan de una vision transeunte ó pasagera, sino de aquella gloria permanente que está reservada á los bienaventurados en el Paraiso. Algunos tambien discurren, que cuando Dios se ve claramente en este mundo, se separa el alma del cuerpo por breve tiempo; pero Tirino con Santo Tomás y con otros Doctores, defiende que no es necesaria esta separacion. Y así, pudo el Señor San José haber visto la Divinidad por breve tiempo sin que su bendita alma se hubiese separado de su cuerpo.